

*Calendario tradicional peruano.* / Renata y Luis Millones. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2003, 180 pp.

Para mi es un honor comentar este texto porque constituye un volumen más de una vasta obra ya publicada por Luis. Sin embargo, este texto tiene una particularidad y es que cuenta con la coautoría de Renata Millones. Los antropólogos sabemos que cuando se dedica una vida entera al trabajo de campo —así como lo viene haciendo Luis— este se convierte, para bien o para mal, en una aventura familiar. La imagen del antropólogo-héroe, a lo Malinowski, solitario en medio de una comunidad perdida, es una versión idealizada, colonialista y masculina del trabajo etnográfico. Por el contrario, la investigación de campo nunca implica una ruptura completa con la vida cotidiana, ni es una empresa individual; mucho menos aun cuando se cuenta con la compañía de alguien como Renata quien, por formación y experiencia profesionales, es también una experta conocedora de la cultura y problemática educativa en los Andes y, ciertamente, una interlocutora inteligente y sensible.

El trabajo de campo en pareja de esposos ha sido y es, en la historia de la Antropología, bastante común, pero la coautoría es una práctica menos frecuente. Se ha compartido el trabajo de recopilación etnográfica, pero se ha mantenido el trabajo de reflexión académica como una tarea individual y de responsabilidad masculina. Por el contrario, Renata y Luis han decidido sumarse a la lista de investigadores que prefieren ensayar formas menos centralizadas e individualistas de producir conocimiento, en las que predominan el diálogo interpersonal e interdisciplinario. En ese sentido, el texto que han preparado conjuga capacidad comunicativa a la vez que rigor etnográfico, dos características que ciertamente provienen de la influencia de Renata como educadora y de Luis como antropólogo e historiador.

La apuesta por la multi-vocalidad se hace notar también en la propia edición del texto. El libro contiene la descripción etnográfica de doce fiestas distintas, celebradas cada una en un mes del año y en una localidad diferente. Cada una de estas descripciones está acompañada de fuentes históricas y material visual que la enriquecen de manera importante. De ese modo, a la voz de los autores contenida en el texto etnográfico, se han sumado otras voces contenidas en las citas de cronistas, en el material fotográfico y en las ilustraciones de las tablas de Sarhua. Por último, al final del texto se cuenta con un exhaustivo listado de fiestas elaborado por José Carlos Vilcapoma. En otras palabras, el propio diseño editorial nos ofrece la posibilidad de conocer las fiestas a tra-

vés de distintas versiones y miradas que provienen del pasado, del presente y de distintas formas discursivas que incluyen desde el lenguaje escrito hasta el lenguaje visual. En ese sentido, el material visual no solo tiene la función de embellecer la edición de este libro, sino que enriquece de manera cualitativa el acercamiento que el lector pueda tener al universo festivo del Perú.

De acuerdo con lo que vengo diciendo podríamos preguntarnos entonces: ¿dónde están las voces de los protagonistas de las fiestas? Renata y Luis entienden que las voces de los actores no está contenida en ningún texto —ya sea escrito o visual— sino en la propia puesta en escena de la celebración. Por esa razón, ellos no pretenden hablar por los actores de las fiestas, sino que más bien buscan llamar la atención de los lectores para incitarlos —como ellos mismos escriben en la introducción— «a mirar más allá de su rutina, y si es posible viajar a cada uno de los lugares mencionados».

«Si así ocurre», agregan los autores, «este libro habrá cumplido su cometido». Tal objetivo es, además, una invitación al lector para que participe e intervenga en la vida festiva, que es justamente este espacio donde confluyen voces diversas.

Es común oír el argumento según el cual *un pueblo que no lee es un pueblo que no reflexiona y no tiene memoria*. Se trata de un argumento recurrente cuando se habla del Perú, un país con alto grado de analfabetismo. Pero desde el punto de vista antropológico una afirmación de este tipo es insostenible, porque revela una visión excluyente, elitista y centralizada. El argumento de que *un pueblo que no lee es un pueblo que no reflexiona y no tiene memoria*, es un argumento que irónicamente es enunciado precisamente por aquellos grupos que controlan la producción y circulación de formas de reflexión y memoria escritas. ¿Cómo pretender que todos lean —y por lo tanto reflexionen y tengan memoria— con un sistema educativo aún deficiente y una ley del libro que no prospera?

Por lo tanto —y aquí es donde quiero poner el énfasis—, lo único que se puede afirmar de manera correcta es que *un pueblo que no lee es un pueblo que no puede acceder a un tipo de memoria que es producida, además, en ámbitos y formas discursivas que no domina, de las que no participa o a las que tiene solo un acceso limitado*. Por otro lado, no reconocer que existen espacios y formas alternativas de reflexión e intervención es un acto de exclusión y silenciamiento. Y son precisamente los calendarios festivos, los espacios y prácticas en los que en el Perú diversos grupos han encontrado la posibilidad y los lenguajes para participar en la construcción de una memoria propia.

Las fiestas marcan y conmemoran fechas claves, dando forma a ciclos y narrativas que son incorporados en la memoria de individuos y grupos de

manera ritualizada. Pero también son prácticas discursivas a través de las cuales se comenta —a veces haciendo eco, otras contestando— las versiones de la historia oficial. Y, asimismo, son espacios donde se inauguran eventos, se reconocen nuevas autoridades y se establecen redes sociales, con lo que se construye así la historia misma. Las fiestas no se encuentran, pues, al margen de la memoria escrita y la práctica histórica, sino que están en interacción dialógica con ellas, y por eso es que las fiestas deben ser también reconocidas como arenas de reflexión, debate e intervención públicas. Es precisamente eso lo que explica su constante transformación, a la vez que su vitalidad.

Como se hace evidente en el texto que acá presentamos, los calendarios no solo crean memorias sino, también, geografías. La celebración de una fiesta marca y significa el territorio, ya sea a través de recorridos procesionales, locación de santuarios o la re-contextualización de fiestas en nuevos lugares donde se asientan las poblaciones migrantes. Por eso, los autores nos llaman la atención sobre el por qué de los cambios de algunas fechas y lugares, por ejemplo, en el calendario del pueblo de Túcume donde

[...] la Purísima Concepción es festejada en febrero, dejando sin efecto el día 8 de diciembre que le está consagrado por la Iglesia. Este tipo de decisiones se asienta en razones de muy distinto orden. En varias ocasiones, los pobladores nos explicaron que si la fiesta se celebrara el mismo día en la misma región, las parroquias y sus devotos estarían disputando el mismo público que potencialmente acudiría al festejo. Dado que cada reunión es a la vez feria de carácter comercial, lugar de encuentro familiar, centro de peregrinación y ocasión de eventos civiles (reunión de alcaldes, convenios administrativos, etc.), resulta muy conveniente que cada pueblo, distrito o comunidad, tenga su propia fiesta patronal perfectamente diferenciada de la de sus vecinos. (Millones y Millones 2003: 12-13)

Me parece importante comentar acerca de la decisión de los autores de haber incluido entre las doce fiestas descritas a la fiesta del Señor de los Milagros en Lima, en un calendario que se titula «calendario tradicional peruano». En nuestro imaginario, lo tradicional, lo festivo y el *folklore* se encuentran siempre *más allá*, en el Perú profundo, en una geografía lejana. Hacer a Lima parte de un calendario festivo tradicional es un paso para reinventar una comunidad y un territorio nacionales que aún están fragmentados y distanciados. Es con esta misma lógica que entiendo que los diversos grupos de migrantes andinos en Lima celebran sus fiestas en la ciudad.

Al publicar este *Calendario tradicional peruano*, Renata y Luis Millones, así como el Fondo Editorial del Congreso del Perú, están haciendo esfuerzos

por tomar en serio otras voces y espacios discursivos implicados en la construcción de lo que puede ser una memoria y geografía multiculturales y descentralizadas. A nosotros, como lectores, nos queda la decisión de aceptar o rechazar la invitación de viajar y recorrer las fechas y lugares que los autores nos proponen. Ojalá que, como se sugiere en el texto, el turismo pueda ser más que una actividad de esparcimiento, consumo y lucro, y se convierta en una práctica de encuentro y reconocimiento mutuo. Estoy segura de que el texto que hoy nos ofrecen Renata y Luis Millones contribuirá a crear una conciencia en este sentido.

*Gisela Cánepa*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Pontificia Universidad Católica del Perú. Departamento de Ciencias Sociales.